

Introducción

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LAS FUNCIONES DE UN MUSEO

El Consejo Internacional de Museos (ICOM) definió en 1974 el concepto de Museo en los siguientes términos: *El Museo es una institución permanente sin fines lucrativos al servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierta al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y exhibe para fines de estudio, de educación y de deleite testimonios materiales del hombre y de su entorno.*

En 1987 el Reglamento de Museos Españoles especificaba como *funciones* de los Museos las siguientes:

- Conservar, catalogar, restaurar y exhibir de forma ordenada sus colecciones.
- Investigar en el ámbito de sus colecciones o de su especialidad.
- Organizar periódicamente exposiciones científicas y divulgativas acordes con la naturaleza del museo.
- Elaborar y publicar catálogos y monografías de los fondos.
- Desarrollar una actividad didáctica respecto de sus contenidos.

Resulta evidente, por otra parte, que cualquier persona que visita un museo percibe, en mayor o menor grado, de acuerdo con su formación y sus intereses, que lo que está viendo o estudiando constituye un valioso testimonio (siempre que el material se halle bien conservado y documentado), ya sea de la creación humana (el patrimonio cultural), ya se trate de lo que el entorno nos ofrece (el patrimonio natural).

Los fondos expuestos o custodiados en las colecciones representan una insustituible fuente de saber: son los *documentos primarios de información* que los investigadores utilizan con el fin de avanzar en las diversas ramas del conocimiento y el público en general para ampliar su saber.

La ingente cantidad de objetos conservados en la actualidad en los departamentos de colección de los distintos museos, custodiados, en la mejor de las situaciones (lo que por desgracia, no siempre es el caso), bajo la responsabilidad de personal especializado, requieren el constante desarrollo de una actividad investigadora. Ésta presenta tres frentes de actuación complementarios:

En primer lugar, y ya que las colecciones van adquiriendo con el paso del tiempo un valor histórico, y debido a las vicisitudes de nuestros museos y de nuestra sociedad en general, que pueden determinar que la pervivencia de las mismas se vea comprometida en todo o en parte, se hace necesario acometer proyectos, más o menos ambiciosos, para la *recuperación de la información perdida*

relativa a dichas colecciones. Resulta evidente que cualquier objeto tiene más utilidad, más valor patrimonial y cultural, cuanto más se sepa de él. Por ello, siempre que sea posible, se añadirá a los fondos toda aquella información documental relacionada, tanto la perdida como la que nunca tuvo pero que es posible obtener de una u otra forma, que permita ayudar a conocer y comprender mejor cada objeto.

Este tipo de actuaciones cuyo objetivo principal es tener todo el patrimonio perfectamente datado y documentado es —o debería ser— de obligado cumplimiento. Para lograr dicho objetivo se consultan, entre otras, las fuentes documentales históricas propias de las colecciones, que generalmente se encuentran depositadas en archivos y bibliotecas.

En segundo lugar, tan necesario como lo anterior es que estos objetos *sean conservados en las mejores condiciones* para nuestra generación y las que nos sigan. Resulta obvio que no siempre se ha hecho así, y por ello en numerosas ocasiones el material se encuentra gravemente dañado. Las actuaciones encaminadas a garantizar una óptima conservación serán muy variadas y contemplarán complejos procesos científico-técnicos donde se actuará con variables tan diversas como la elección de edificios adecuados, el almacenamiento del material en habitaciones y armarios idóneos o la elección de contenedores específicos. En la mayoría de las ocasiones hay que aplicar, además, delicados procesos de restauración de las piezas. En definitiva, no sólo hay que actuar sobre la información relacionada con el patrimonio, sino también sobre el patrimonio en sí.

Por último, y relacionado con los otros dos aspectos, ya hemos comentado que las colecciones de los museos son documentos primarios de información y que, como tales, interesan a un gran número de investigadores de disciplinas muy variadas y en general a todo público con afán de conocimiento. Es por ello necesario, imprescindible más bien, que una vez hayan finalizado en su totalidad y con éxito los diversos trabajos, tanto realizados sobre la información asociada como sobre los objetos en sí, los resultados de la investigación sean difundidos. Esta *difusión*, que aparece generalmente en forma de publicación, es la única garantía que se tiene de que dicha información llegue a la mayor cantidad posible de personas y pueda ser contrastada y, lógicamente, refutada o afirmada por sucesivas investigaciones. En todo caso ayudará a garantizar que los documentos primarios, los objetos, permanezcan conservados adecuadamente para investigaciones posteriores.

Las páginas que se ofrecen a continuación son el resultado del cumplimiento de una de las tareas básicas anteriormente mencionadas en el trabajo de los museos: investigar el material conservado —en este caso perteneciente a las Colecciones de Invertebrados del Museo Nacional de Ciencias Naturales—. Tarea que, como custodios de una parte del patrimonio cultural y científico de esta nación, ineludiblemente nos corresponde.

LAS COLECCIONES DEL MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES: DE LA PÉRDIDA DE LA MEMORIA HISTÓRICA A SU RECUPERACIÓN

Se asume en los ambientes internos del Museo, e incluso se ha escrito en diversas ocasiones por alguno de nosotros¹, que la recuperación de las colecciones y del propio Museo comienza en la década de los ochenta del siglo pasado. Tal vez en la tesitura histórica en la que nos encontramos estemos en condiciones de decir que esta afirmación no es del todo exacta. Posiblemente sea más propio aseverar que un organismo tan complejo como este Museo, que custodia un patrimonio natural tan amplio y valioso, siempre está cíclicamente avanzando y retrocediendo en el complicado proceso de conservación de sus fondos. Es bien sabido que a los momentos de progreso les suelen seguir otros de estancamiento, cuando no de franca regresión. El mundo de la cultura no se diferencia en ello del resto de los acontecimientos humanos: antes bien, forma parte de éstos, incluso posiblemente sea más frágil y, por ello, más sensible a los cambios. El Museo Nacional de Ciencias Naturales (al que a partir de ahora aludiremos con las siglas MNCN), al igual que otras instituciones similares, no ha sido ajeno a esta dinámica. Revoluciones, invasiones, guerras civiles, cambios de régimen han forjado, como no podía ser de otra manera, la realidad y la personalidad de nuestra institución. Tener presente esta perspectiva es, desde nuestro punto de vista, esencial para abordar la labor que nos hemos asignado, ya que si no existieran esos «altibajos históricos», seguramente no haría falta recuperar y restaurar nada: simplemente no sería necesario realizar ninguna intervención sobre los bienes y no se habría perdido la memoria histórica de los mismos.

Insistimos en no adoptar una perspectiva tan poco rigurosa como simplista que pueda dar una interpretación sesgada o interesada de esta realidad histórica en la que vivimos en el momento presente. También queda fuera de nuestro propósito realizar un análisis profundo de esta situación. Nuestra voluntad se inclina más a identificar y comprender los diversos factores que han intervenido en la conformación de la realidad que nos envuelve. Culpar de la misma a aquéllos que nos precedieron en idénticas responsabilidades sin valorar adecuadamente el contexto político, institucional e incluso el meramente dotacional o material en el que actuaron, sería negarse a comprender dicha realidad.

Tras el abandono, la desidia y la falta de medios se revela el carácter voluntarioso –casi autónomo por el desinterés de los poderes institucionales– de nuestros predecesores, que, conscientes de lo poco que podían hacer, procuraron apuntalar esa realidad histórica para su recuperación en momentos mejores. Éste es el caso de muchas generaciones anteriores y, por citar ejemplos muy cercanos, de las que nos precedieron hace 30 ó 50 años.

Afortunadamente vivimos hoy una de esas épocas de la dinámica histórica más propicias que las anteriores para la recuperación de nuestro legado patrimonial. Pero, una vez concluida la primera fase de nuestro trabajo, donde se han satisfe-

¹ Para la historia reciente de las colecciones del MNCN consultar la revista *Graellsia*, volumen 53 (1997).

cho las necesidades básicas de ese patrimonio y se ha garantizado su pervivencia futura, ¿con qué nos encontramos? Casi instantáneamente *ese legado parece que «toma conciencia de sí mismo» y nos obliga a penetrar en su identidad, no sólo como un objeto con su propio valor intrínseco, sino como un sujeto poseedor de una memoria histórica. Ese cambio de objeto a sujeto superviviente, capaz de «narrar» —o, al menos, evocar— su propia historia, le confiere un carácter único. A través de él podemos intentar reconstruir el hilo histórico que lo ha traído hasta nosotros, hilo éste unas veces firme y vibrante y otras laxo y deshilvanado, a fin de rehacer el tejido de nuestro legado cultural. Esa es la meta que hemos pretendido alcanzar.*

OBJETIVOS Y ESTRUCTURA GENERAL DEL PRESENTE TRABAJO

Entre los objetivos que nos hemos propuesto con esta publicación debemos destacar tres de ellos por encima de los demás.

En primer lugar *queremos presentar a la comunidad científica y al público en general noticias de la recuperación y «redescubrimiento» de parte de los fondos existentes en el MNCN y que son originarios del Real Gabinete de Historia Natural* —es decir, aquellas piezas ingresadas entre 1771 y 1815—, pertenecientes a las antiguamente denominadas *producciones marinas*, y dentro de ellas, las incluidas en los siguientes grupos: esponjas, cnidarios (corales y similares), crustáceos y equinodermos (estrellas y erizos de mar, ofiuras, crinoideos y holoturias), no fósiles. Estos fondos son el origen, no lo olvidemos, del Museo Nacional de Ciencias Naturales y habían estado «perdidos» siempre delante de nuestros ojos.

En segundo lugar *ofrecemos, por vez primera, la traducción al castellano del Catalogue systématique et raisonné des curiosités..., compuesto por el que fue el primer director del Real Gabinete y con cuyas colecciones se formó éste, el hispanoecuatoriano Pedro Franco Dávila*, en lo relativo a las colecciones de Invertebrados de los grupos citados anteriormente. Del texto traducido se ha hecho un análisis pormenorizado: 1) situándolo en el contexto de la Historia Natural de la época; 2) comentando y explicando la terminología utilizada —habitual en tiempo de Dávila pero que actualmente resulta incomprensible a los no especialistas—; 3) y estudiándolo desde el punto de vista de la ordenación sistemática comparativamente con otros cuadros taxonómicos ofrecidos por naturalistas contemporáneos y posteriores a Dávila (entre ellos Linneo y Lamarck). Dicho análisis demuestra que el *Catálogo* de Dávila constituye un documento científico del mayor interés para conocer la Historia Natural del siglo XVIII, además de ser una pieza indispensable para comprender la historia del MNCN.

En tercer lugar, *la presente obra supone un exhaustivo trabajo de investigación tanto en los aspectos relacionados con la figura histórica de Dávila y su labor en el Real Gabinete, como en lo relativo a la historia de éste y de sus principales naturalistas y responsables* (Clavijo, Izquierdo, Parra, Vilella, Badía, etc.). Todos estos personajes, así como la reproducción de un buen número de documentos históricos, poco o nada conocidos pero de indudable interés, tendrán su correspondiente apartado en nuestra exposición.

La razón de tan variadas metas habría que buscarla en el decurso de nuestras investigaciones, pues según éstas progresaban nos hemos ido encontrando con demasiados puntos oscuros, numerosos aspectos tratados con poco rigor y excesivas preguntas sin respuesta, no sólo con respecto a la figura de Dávila, sino también a la de sus sucesores. Por todo ello se hacía necesaria una historia de los primeros años de la Institución que diera respuesta a los múltiples interrogantes planteados.

A medida que se completaban estas averiguaciones, el esquema previsto para difundir los resultados de nuestra investigación forzosamente tuvo que cambiar para tratar de aunar rigor científico –tanto en el campo zoológico propiamente dicho como en el histórico– y capacidad divulgativa, dada la tendencia existente a tratar los temas relacionados con la Historia Natural, aun considerados desde una perspectiva histórica, como compartimentos estancos, desligados de los procesos históricos generales.

Pero aún hay más pues, como ya hemos comentado, los propios animales custodiados en la institución son fruto de ese momento histórico concreto y es indudable que la manera de exponerlos, estudiarlos, restaurarlos, darles más o menos importancia como patrimonio, etc., varió con cada período. Esto último también hemos intentado explicarlo, pues es obvio que el comprender el proceso de formación de las colecciones ayuda a revalorizarlas. Máxime teniendo en cuenta que ese patrimonio fue estudiado y citado en su momento en interesantes publicaciones que hasta el día de hoy han permanecido olvidadas.

El intento de situar las figuras del Museo y la propia historia del Real Gabinete y de sus colecciones en su contexto histórico nos ha obligado a realizar un doble proceso de síntesis y profundización, según el cual en ocasiones se han tratado temas tan genéricos como la Ilustración de forma resumida y en otras hemos debido abordar aspectos más especializados, como la ordenación de las salas del Gabinete o el comentario detallado de las *Instrucciones* de Dávila, por poner sólo dos ejemplos. Esperamos haber acertado.

Así pues, a través de los dos elementos integradores de nuestra exposición, Pedro Franco Dávila y las *producciones marinas*, pretendemos analizar el funcionamiento de la institución en estos sus primeros años de esplendor, desde su creación hasta los años posteriores a la Guerra de la Independencia, donde se materializa la primera gran crisis del Museo. El fin del llamado Siglo de las Luces y la muerte o exilio de todos los protagonistas del período marcará la historia futura del Real Gabinete. Las vicisitudes de las *producciones marinas* en las diversas etapas históricas del Gabinete y el legado del fundador serán los nexos de unión de nuestra historia. A todo ello hay que añadir la clara intencionalidad visual que tiene nuestra obra, pues ésta contará con numerosas láminas e ilustraciones de la época, procedentes en buena parte de los magníficos fondos iconográficos del Archivo del MNCN y muchos de ellos inéditos, que esperamos sean un complemento esencial para una mejor comprensión del texto.

La estructura del libro se configura en torno a lo que hemos dado en llamar *actos e interludios*.

Los *actos* están dedicados a desarrollar cronológicamente nuestra historia, comenzando por la infancia y juventud de Dávila, siguiendo con su instalación en

París, los años de formación y creación del Gabinete y su posterior llegada a Madrid para asentarse definitivamente en la capital, para acabar examinando el último período de la vida de nuestro personaje, ya como director del Real Gabinete, hasta su muerte, y la evolución de la institución hasta su constitución como Real Museo en 1815. Cada uno de los diferentes períodos aparece enmarcado en su contexto adecuado, tanto geográfico como histórico. Así, el correspondiente a la infancia y juventud de Dávila se relaciona con la situación de la América colonial de la época. Su llegada a París en 1745 se sitúa en el marco de la Ilustración como movimiento general —a la cual se ha dedicado un capítulo específico— y también en el estado de desarrollo de la Historia Natural en aquel momento —igualmente tratado en un capítulo propio donde se explican los antecedentes de dicho desarrollo y las líneas de pensamiento básicas que guiaban a los naturalistas del siglo XVIII—. Del mismo modo, el asentamiento definitivo de Dávila en Madrid se completa con una breve visión de la España de la Ilustración.

El propósito en esta parte del libro no ha sido el de hacer una biografía, si bien lógicamente, al estudiar la trayectoria personal de Dávila para comprender la importancia de sus colecciones y su posterior actuación como director del Real Gabinete, hemos tenido que abordar dicha trayectoria. Lo hemos hecho siempre remitiéndonos a una estricta base documental, indagando tanto en el Archivo del MNCN como en el de otras instituciones, como el Archivo Histórico Nacional, el Archivo de Campomanes, la Academia de la Historia o el Archivo del Palacio Real de Madrid. Hemos aportado al respecto algunos documentos básicos que no habían sido publicados aún o, al menos, no en su totalidad, como la carta a su hermano Diego, la misiva a Campomanes de 1767 o una parte de su correspondencia con diversas personalidades de la época, tanto del mundo de la ciencia y de la cultura en general como de la política.

Respecto a lo que hemos denominado *interludios*, intercalados entre los diferentes *actos*, hemos reservado los mismos para tratar específicamente en ellos documentos científicos que, por su relevancia, lo merecían. Así, la traducción del *Catálogo* de Dávila en la parte referida a las *producciones marinas* sobre las que se ha centrado nuestro trabajo, algunos de cuyos ejemplares —cuya procedencia se había perdido— han sido identificados claramente como originarios y otros muchos como posibles de la Colección Dávila entre los fondos existentes en el Museo; las *Instrucciones* redactadas por Dávila en 1776 dirigidas a las autoridades coloniales para recoger todo tipo de muestras naturales de interés y enviarlas al Gabinete; o la *Descripción* de Antonio Parra relativa a esponjas, corales y crustáceos, muchas de cuyas piezas han sido asimismo identificadas incuestionablemente.

A continuación indicamos la estructura general del libro:

1. *Apartados de índole histórica (Actos y epílogo)*

- Infancia y juventud de Pedro Franco Dávila. Consideraciones sobre Guayaquil y el comercio en la América colonial española.

- La Ilustración francesa y española. El proceso de formación de un ilustrado que vivió en tres mundos.
 - El desarrollo de la Historia Natural en el siglo XVIII y la creación del Gabinete de Dávila.
 - Dávila en Madrid: los primeros años del Real Gabinete (1771-1786).
 - De los sucesores de Dávila a la crisis final del Gabinete ilustrado (1786-1815).
2. *Documentos científicos de Historia Natural que aparecen reproducidos y comentados (Interludios)*
- El *Catálogo sistemático y razonado* de Dávila (1767). (Incluye estudio preliminar y metodología de la traducción e identificación de los ejemplares del Real Gabinete)
 - Las *Instrucciones* de 1776.
 - Las piezas olvidadas del Gabinete Parra.
 - El *Paseo* de Mieg por el Real Gabinete (1815).
3. *Bibliografía*

Preludio en dos historias

PRIMERA HISTORIA: HACE MÁS DE DOSCIENTOS AÑOS. PEDRO FRANCO DÁVILA Y LA HISTORIA NATURAL. EL NACIMIENTO DE UN GABINETE

Corría el año 1745 cuando el acomodado comerciante ecuatoriano Pedro Franco Dávila (1711-1786) decidió, después de unos azarosos años, instalarse en el París Ilustrado¹. Este acontecimiento, en un principio sin mayor trascendencia histórica, se convertirá, debido a la confluencia de diversos factores, positivos y negativos, en uno de los más importantes episodios de la Historia Natural española tanto del siglo XVIII como de los sucesivos.

Pedro Franco Dávila contaba, a la sazón, 33 ó 34 años de edad cuando se instaló en la capital del reino vecino y, por tanto, se encontraba en la plenitud de su vida. *Pedro Dávila* –describe María Ángeles Calatayud– *escogió la capital francesa como residencia permanente, donde empieza una nueva vida, animado por el auge e importancia que desde años antes había tenido Francia al convertirse en el centro del lujo y del arte. Aquí se dedica a su verdadera y única pasión: coleccionar toda clase de objetos. También estudia a fondo la Historia Natural, con la idea –como él mismo nos dice– de serle todo ello de utilidad a su vuelta a las Indias*².

Podemos aquí afirmar y a lo largo de la presente obra lo documentaremos ampliamente, que Dávila no solamente se dedicó a coleccionar durante más de veinte años esos objetos, sino que, inspirado y formado en el ambiente ilustrado de la capital, fue capaz de elaborar unos de los mejores testimonios que han llegado hasta nosotros de la Historia Natural española del siglo XVIII: *El catálogo sistemático y razonado de las curiosidades de la naturaleza y del arte que componen el Gabinete del Sr. Dávila*.

Debido ciertamente a su holgada posición económica, Franco Dávila logró reunir en poco más de dos décadas un importante *Gabinete de Curiosidades*. Gabinete y dinero fueron los factores que permitieron que el joven comerciante se introdujera paulatinamente en el restringido círculo de la alta sociedad parisina y francesa que, a la par de los nuevos tiempos, había abierto sus puertas a los ricos burgueses.

¹ Para mayor información acerca de la biografía de Pedro Franco Dávila puede consultarse el excelente libro de María Ángeles CALATAYUD, *Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural*, Museo Nacional de Ciencias Naturales, CSIC, Madrid, 1988, 251 p.

² *Ibidem*.

Es la época de la Ilustración y la de la Francia prerrevolucionaria. Son los años del tránsito de la Edad Moderna a la Edad Contemporánea de la historia de la Humanidad –por lo menos en nuestro mundo occidental–, el período final del Antiguo Régimen. No conviene olvidar este dato porque los tiempos que Franco Dávila vivió fueron en cierta medida convulsos y, aunque él no llegó a presenciar el estallido revolucionario, estos acontecimientos ulteriores influirán de forma relevante en la historia del Real Gabinete de Historia Natural³. Este cada vez más amplio Gabinete de Curiosidades irá adquiriendo, debido a su gran tamaño y a la variedad y calidad de sus objetos, un enorme prestigio entre los nobles y burgueses aficionados, pero, y lo que es más importante, también entre algunos de los más destacados naturalistas franceses con los que Dávila establecerá relación.

Durante este largo lapso de tiempo de casi veintiséis años –desde el momento en que Dávila se instala en París y el que viene definitivamente a España como director del Real Gabinete–, Franco Dávila se instruirá en todo lo relativo a la Historia Natural y se convertirá en un reputado naturalista que aplica en su *Gabinete de Curiosidades* los conocimientos adquiridos. En ese mismo período pasará de ser un rico burgués acomodado a convertirse en un coleccionista casi arruinado. La convergencia de estos dos procesos es lo que va a posibilitar la creación en Madrid del Real Gabinete de Historia Natural entre 1771 y 1775.

El infravalorado proceso de formación de Franco Dávila

Dávila, llegado a París con el objeto de establecerse allí, se va a encontrar de lleno con la Ilustración. Cuando en 1745 fija su residencia en la capital francesa todavía quedan seis años para que se inicie la publicación de la famosa *Encyclopedie* y es durante el tiempo de su permanencia en dicha ciudad cuando se suceden las principales aportaciones científicas francesas. Él será testigo de la actividad intelectual de hombres como Diderot, d'Alembert, Voltaire y otros importantes ilustrados, cuyos trabajos va a tener la oportunidad de leer en el momento mismo de su aparición, pero, y lo que es más importante, se hallará perfectamente al corriente de los resultados científicos de los mayores naturalistas europeos del siglo XVIII. Entre ellos aparecen George Louis Leclerc, conde de Buffon, intendente del Jardín del Rey, que escribe su *Historia Natural* en 36 volúmenes entre 1749 y 1788; Carl Von Linneo, cuyo *Systema Naturae* revolucionó la Historia Natural; Michel Adanson, autor de *Familias naturales de plantas* (1764), con quien le va a unir una especial relación, o Antoine Joseph Dezallier d'Argenville, quien en 1747 publica su *Conchyliologie* –reeditada en 1757–. Por otra parte, Franco Dávila adquirirá para su Gabinete una importante colección de libros, entre los que se incluirán no solamente las obras científicas de su generación sino también los principales escritos de Historia Natural de los natura-

³ Es aconsejable la lectura del libro de A.J. BARREIRO, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*, edición de Pedro M. SÁNCHEZ MORENO, con introducción de Emiliano AGUIRRE, Madrid, Doce Calles, 1992.

listas de finales del XVII y de la primera mitad del XVIII. Todas estas publicaciones fueron utilizadas en la clasificación metódica de su Gabinete.

Baste citar un sutil ejemplo para confirmar su evolución. En 1753 Franco Dávila elaboró un documento manuscrito para ofrecer su Gabinete a Fernando VI, al que da el título de *Razón de la colección que D. Pedro Franco Dávila ha juntado en el tiempo de su demora en Francia, tanto de Historia Natural como de otras cosas del arte a saber*⁴. En 1767, catorce años después, el libro editado en París presenta el siguiente título: *Catálogo sistemático y razonado de las curiosidades de la naturaleza y del arte que componen el gabinete del Sr. Dávila*. ¿Qué ha cambiado en este intervalo? Es evidente, y tendremos ocasión de comprobarlo en las páginas que siguen, que en catorce años Franco Dávila ha pasado de ser un mero aficionado a la Historia Natural a poder elaborar un documento plenamente científico que es a un tiempo *sistemático y razonado*. La intención y los objetivos del autor quedan claramente reflejados en el título.

Llegados a este punto hagamos una reflexión que ha de constituir una de las claves de la argumentación de nuestro trabajo. La misma tiene relación con la capacidad científica de Dávila. Muy pocos han sido los historiadores que se han acercado a la figura del hispanoecuadoriano y los que lo han hecho ha sido para tratarla de forma marginal como complemento al estudio de otros personajes considerados más relevantes que él. Quienes han entrado a valorar las aportaciones del que fuera primer director del Real Gabinete –en su mayoría muy superficialmente– han solido concluir que carecía de los conocimientos necesarios en Historia Natural. Algunos han despreciado su labor tildándole de coleccionista compulsivo. Tales afirmaciones están guiadas por suposiciones antes que por testimonios documentales. Una muestra clara de éstos la constituye el propio *Catálogo*, que en casi dos siglos y medio nadie ha intentado traducir del francés y apenas ha sido examinado, cuando dicha obra es una prueba elocuente del saber de Dávila, tal y como creemos haberlo demostrado en este trabajo.

Otras apreciaciones, asimismo tópicas y reiterativas, abundan en la idea de que Dávila ni siquiera era un ilustrado y de que el suyo era un Gabinete de estilo tardorrenacentista, ya anticuado para su época. Detrás de todas estas aseveraciones subyace una percepción heredada posiblemente del siglo XIX, cuando en España la figura de Dávila comenzó a ser recordada únicamente como coleccionista ávido de buscar un puesto y obtener una pensión vitalicia a cambio de donar su excelente colección. Semejante percepción sobre Dávila persiste incluso en el organismo que él contribuyó a crear. Las páginas que siguen servirán tanto para estudiar –y reivindicar– el desconocido *aspecto científico de la obra de Dávila* –inserta plenamente en los debates de la Historia Natural de su época– como *su labor en la creación y gestión del primer Gabinete ilustrado* –capaz de merecer este nombre– *creado oficialmente en nuestro país*. Incluso algunas de las calificaciones habituales, como su tan traído y llevado *coleccionismo compulsivo*, pueden ser ampliamente matizadas y justificadas desde una perspectiva museística y de formación de las colecciones científicas.

⁴ AMNCN, *Correspondencia y colecciones del Real Gabinete de Historia Natural*. Expediente 26.

La génesis de un importante Gabinete de Historia Natural

Como acabamos de mencionar, durante el lapso de tiempo comprendido entre 1745 y 1771, y al unísono con su actividad formativa, Dávila va a reunir un importantísimo *Gabinete de Curiosidades* reconocido en los círculos científicos franceses y mencionado en algunos de los más importantes libros de la época. *En las fechas a que nos referimos* —citamos de nuevo las palabras de María Ángeles Calatayud— *el Gabinete de Franco Dávila albergaba tal cantidad de objetos, que muchos de los que lo visitaban afirmaban convencidos que era mejor que el del Rey de Francia*⁵.

Prueba de la importancia del Gabinete es que el *Catálogo* publicado en 1767 apareció prologado por el propio Michel Adanson, personalidad muy reputada de su época y nada proclive a elogios⁶. Este hecho —la atención que un científico tan relevante como Adanson concede al Gabinete de Dávila— ha pasado igualmente inadvertido a los estudiosos de la biografía de nuestro personaje. Lo mismo puede decirse en relación con otros científicos en los que Dávila basó su trabajo. Adanson escribió a continuación del Prefacio del *Catálogo* las siguientes palabras, entre las cuales hay que destacar la viva recomendación que hace de que la colección pase a ser pública por interés social:

APROBACIÓN DEL SR. ADANSON

De la Real Academia de Ciencias, de la Royal Society de Londres, Censor Real

Por orden de Monseñor el Vicecanciller he leído una obra intitulada: Catálogo sistemático y razonado de las curiosidades de la Naturaleza y del Arte, que componen el Gabinete del Sr. Dávila, y no he encontrado nada que pueda impedir la impresión.

Este Gabinete, verosímilmente el más rico que ningún particular haya formado, sobre todo en cuanto a la parte de Historia Natural, es tanto más apreciable cuanto que encierra series inmensas de producciones de tres Reinos de la Naturaleza. Sería enojoso que esta Colección, que nos es muy conocida y que está destinada a ser puesta a la venta, fuese desmembrada y dispersada en diversos Gabinetes particulares, cuando sería muy digna de la atención de algún soberano que la adquiriera, tanto por magnificencia como por procurar a sus pueblos objetos de conocimientos naturales, cuya aplicación bien entendida conduce con la mayor frecuencia a algo útil para el comercio de la Sociedad. Hecho en París, a 13 de mayo de 1767.

ADANSON

Como algunos estudiosos han comentado, Dávila no fue previsor en los que respecta a su propio patrimonio y, a pesar de tener ya un afamado Gabinete, no se contentó con ello. Así dice Ángeles Calatayud, aludiendo a nuestro personaje y su Gabinete: *sigue enriqueciéndolo con nuevas adquisiciones hasta el punto de con-*

⁵ *Op. cit.*

⁶ *Op. cit.*

*sumir no sólo su caudal y el que pertenecía a su madre y hermanos, de la herencia que su padre había dejado al morir en Sevilla, sino también que llegó a endeudarse con varias personas*⁷. Es decir, durante más de veinte años Franco Dávila llega a consumir gran parte de su fortuna por su afán de aumentar y conservar sus colecciones. Éste fue el principal motivo que le obligó a intentar vender su colección y elaborar a tal efecto un catálogo de la misma. El Gabinete –que fue ofrecido varias veces a la Corona española– fue objeto de subasta de forma parcial en dos ocasiones: la primera en el mes de diciembre de 1767 y la segunda, en enero de 1768.

Va a ser, pues, la confluencia de estos dos factores personales –la precariedad económica y la formación científica de Pedro Franco Dávila–, unidos a la predisposición de Carlos III y el marqués de Grimaldi y sobre todo a la actitud de un numeroso e influyente grupo de ilustrados partidarios de la formación de un Gabinete en la corte, lo que determinará que Dávila termine donando su colección y se instale en Madrid para dirigir el Real Gabinete de Historia Natural a cambio de una pensión vitalicia⁸.

Será a partir de esa fecha, 1771, cuando Franco Dávila gestione el Real Gabinete y aplique sus conocimientos para que el nuevo Museo vea incrementadas sus colecciones no solamente con las piezas de su Gabinete originario, sino con nuevas adquisiciones que irán paulatinamente llegando. Sirvan de ejemplo las aportaciones desde Baleares de Cristóbal Vilella, la compra del Gabinete del conde de Saceda y los diversos envíos de las autoridades de Filipinas. Dávila va a rodearse de un equipo eficiente, entre cuyos componentes destacará, sin lugar a dudas, José Clavijo y Fajardo, que llegará a ser director en funciones del centro a la muerte de su primer director⁹.

A pesar de tan nobles propósitos y del enorme esfuerzo desplegado, principalmente por Dávila y, tras el fallecimiento de éste, por Clavijo, el hundimiento de la monarquía borbónica a últimos del siglo XVIII y la compleja situación internacional creada con el triunfo de la Revolución Francesa hicieron que las prioridades del Gobierno dejaran de estar centradas en asuntos de política cultural, lo que redundó en perjuicio del Real Gabinete. Éste se enfrentaba así al primero de los múltiples períodos oscuros que habían de ser una constante en su historia.

SEGUNDA HISTORIA: HACE VEINTE AÑOS. LA RESURRECCIÓN DE UN MUSEO

Entre 1986 y 1987 –es decir, hace ya casi cuatro lustros– se comenzó a desmontar en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid la denominada

⁷ María Ángeles CALATAYUD, *op. cit.*

⁸ *Op. cit.*, pp. 85 y 86. También se encuentra una excelente historia del proceso de creación del Real Gabinete en el libro de Joaquín F. QUINTANILLA, *Naturalistas para una Corte Ilustrada*, Theatrum Naturae, Colección de Historia Natural, Madrid, Docecalles, 1999, capítulo IV, titulado «El Gabinete de la calle de Alcalá».

⁹ Véase el libro de A.J. BARREIRO, *El Museo Nacional de Ciencias Naturales (1771-1935)*, edición de Pedro M. SÁNCHEZ MORENO, Madrid, Docecalles, 1992.

«Sala del Mar». Esta exposición permanente concentraba, en un reducido espacio del Ala Norte del Palacio de las Artes y la Industria, todas las *producciones marinas* del Museo. Por la sala se distribuían gran variedad de especies de bellas formas y colores, desde invertebrados, como corales, crustáceos, moluscos o estrellas de mar, hasta vertebrados marinos, entre ellos focas y diversas clases de peces. Representaba esta *vieja* exposición, en definitiva, una pequeña muestra del Reino Animal en lo concerniente al dominio marino y era la heredera directa de las sucesivas salas dedicadas al mar que había tenido el Museo desde los tiempos de su fundación.

En los años ochenta del siglo pasado el Museo era, por desgracia, noticia constante en los periódicos debido a su precario estado. El diario *Ya*, de gran distribución en la época, daba la siguiente información en 1985: *El Museo Nacional, en la Indigencia y a merced de «Cacos». El secular abandono en que se encuentra el Museo Nacional de Ciencias culminó hace doce días con la aparición de esta entidad en las páginas de sucesos. Un investigador británico, un vigilante del propio museo y un librero han sido acusados ante el juez del penúltimo expolio. Emiliano Aguirre, director del Museo de Ciencias, que denunció la desaparición de documentos valiosísimos, lleva largo tiempo pidiendo una auditoría y una vigilancia que no llegan «por ser, al parecer, demasiado caras» para intentar acabar con la vergonzosa situación de uno de los principales museos del mundo*¹⁰. Tres días después, el también extinto diario *El Alcázar* titulaba en página destacada lo siguiente: *Ciencias Naturales. El Museo de los horrores. La escasez de presupuesto ha convertido a la que fuera institución modélica en un guardapolvo. La escasez de vigilantes ha motivado que los visitantes pudieran llevarse partes enteras de animales disecados. Varias salas han tenido que ser cerradas debido a su mal estado. En concreto, la de Prehistoria lleva ya cinco años clausurada*¹¹. En dicho artículo, bastante extenso, aparecen algunas fotos de la Sala de Mar mostrando el lamentable estado en que entonces se encontraba. No era sino el desenlace final de un triste capítulo de la historia de la Institución iniciado con la Guerra Civil española.

Así pues, al finalizar la década de los años ochenta del siglo pasado, en buena medida debido a las presiones de los medios de comunicación y también a las gestiones del equipo directivo de entonces —que intentaba por todos los medios posibles realizar una reorganización eficiente del Museo—, la anticuada exposición se dismantelaba en aras de los nuevos tiempos porque era necesario realizar reformas y «optimizar» el espacio. Con todo, la sala continúa llamándose *Sala del Mar*, y así consta en las comunicaciones que se realizan citando a la misma cuando alguna nueva exposición temporal ocupa el antiguo espacio dedicado al medio marino.

Los ejemplares que se encontraban expuestos pasaron a las colecciones correspondientes bajo la custodia de los respectivos conservadores. Este material siempre había permanecido a la vista del público o conservado en los armarios de los diversos laboratorios. En un corto espacio de tiempo un equipo de conservado-

¹⁰ Diario *Ya*, jueves 28 de noviembre de 1985, p. 39.

¹¹ Diario *El Alcázar*, domingo 1 de diciembre de 1985.

res y preparadores del Museo, con la ayuda de personal eventual contratado, retiraron cuidadosamente los ejemplares e integraron los mismos en sus colecciones. Las etiquetas adjuntas a los animales aportaban muy poca información sobre la procedencia y se limitaban al nombre científico de la especie y, en algunas ocasiones, también a la localidad. Algunos ejemplares conservaban como única información una chapa redonda de cartón en la que figuraba un número.

El material que es objeto de este libro –corales, esponjas, crustáceos y equinodermos–, así como los moluscos, fue sometido en la colección de Invertebrados no Insectos a un tratamiento que, en líneas generales, consistió en su limpieza y catalogación. Algunos ejemplares, como las esponjas, fueron lavados y secados debido al extraordinario grado de suciedad que presentaban. Durante este proceso todos ellos pasaron a ser citados en cuanto a su procedencia como *Colección Sala del Mar*. Es decir, el material procedía de una sala del Museo inaugurada en ese mismo siglo y todo lo que se recordaba era que provenía de la para nosotros –para nuestra generación– «histórica» Sala del Mar. A todos los efectos y para la percepción contemporánea, esos animales «habían estado siempre ahí».

Con los ejemplares de pequeño tamaño no hubo excesivos problemas, porque los armarios de las colecciones ya estaban, en aquel momento, preparados para admitir el material. Para almacenar los ejemplares más grandes –ahora todos en la colección de Invertebrados– hubo que diseñar diversas soluciones de urgencia. Así, por ejemplo, los enormes cangrejos disecados fueron guardados en cajas de cartón fabricadas a medida y en cuyo fondo se había situado una base de polipropileno y papel con pH neutro, mientras que los corales y esponjas se limpiaron meticulosamente y se cubrieron con láminas de plástico para evitar, en la medida de lo posible, la acumulación de polvo.

A efectos del almacenamiento y la conservación de los ejemplares, el equipo directivo del centro habilitó un pequeño cuarto donde aquéllos fueron apilados en estanterías de madera fabricadas a medida. Una vez catalogados y *hacinados*, el polvo comenzó a cubrir los plásticos que tapaban el material. Este hacinamiento –provocado por la escasez del espacio– y las sucesivas operaciones de limpieza hicieron que en los animales se iniciara un progresivo deterioro que todavía no se ha detenido. Desde ese día, la pequeña habitación que finalmente albergó las colecciones de la Sala del Mar fue denominada «*cuarto de corales*», denominación que todavía hoy se emplea, aunque en la actualidad dicho cuarto sea utilizado como sala de consulta y de investigación y el material se encuentre, desde hace seis años, ubicado en otro cuarto escasamente más amplio.

El almacenamiento y conservación de los ejemplares en estas condiciones ha provocado, además de su deterioro, que el público en general, el científico en particular e incluso la mayor parte del propio personal del Museo no tenga acceso directo a dichos ejemplares y no los conozca. Un elevado porcentaje del personal que trabaja en el Centro –máxime si se tiene en cuenta que la mayor parte del mismo es ajeno al trabajo con las colecciones por pertenecer a departamentos de investigación desligados de las mismas– no ha visto jamás la *colección de corales* y no tiene conciencia de que existió una «Exposición Marina» en la denominada Sala de Mar. Lo anterior es sólo un ejemplo de la progresiva pérdida de

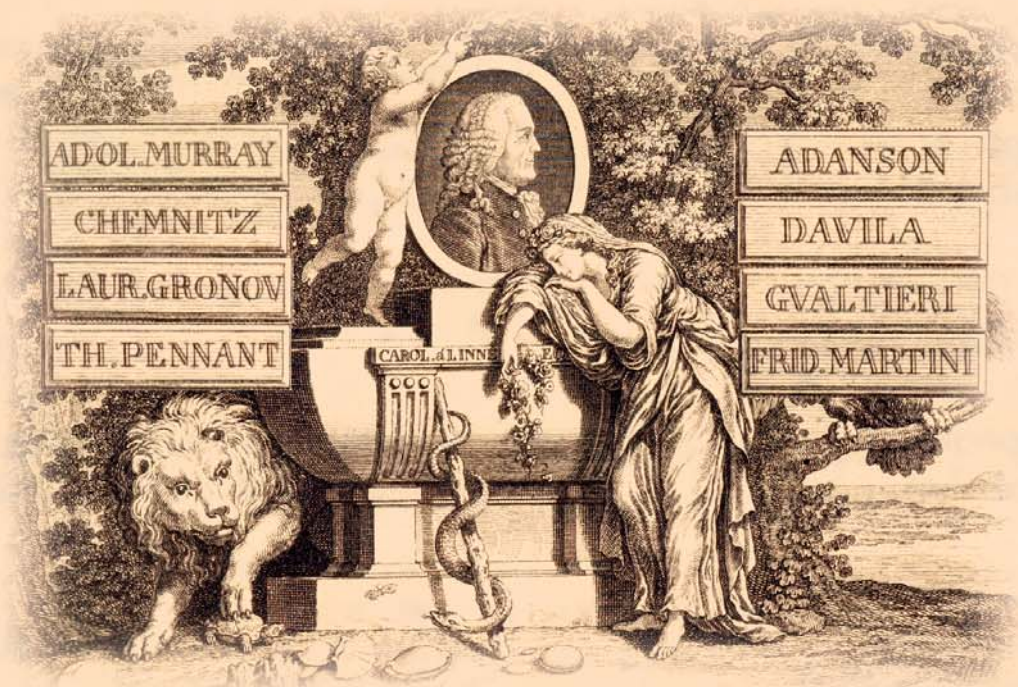
memoria histórica de un patrimonio, lo cual tiene como consecuencia directa su infravaloración.

Este material, almacenado en el «*nuevo cuarto de corales*» —crustáceos, equinodermos, esponjas y corales—, procesado y etiquetado como procedente de la Sala del Mar, es, en una elevada proporción, originario del Real Gabinete de Historia Natural. El cambio de ubicación de los años ochenta fue un paso más en el paulatino proceso del olvido de los orígenes del Museo. Además, la pérdida de información anexa a las piezas —otra pérdida más— sumió a los centenarios ejemplares en un proceso de infravaloración científica y cultural. Tal vez hoy estemos en condiciones de abrir desde estas páginas algunas puertas para que la luz ilumine de nuevo esta parte de nuestro Patrimonio.

Muchas son las preguntas que, a la vista de tan valiosos ejemplares podemos hacernos: ¿quién los compró, colectó y estudió?, ¿qué se pretendía con ello?, ¿cómo llegaron aquí y para qué sirvieron?, ¿por qué se olvidó su origen?, ¿cuál es su encaje e importancia en el frenético mundo de hoy? En razón de todas estas cuestiones y algunas más que pudieran suscitarse, la nuestra debe ser la historia no sólo de las «producciones marinas» del Real Gabinete de Historia Natural, sino también la de unos hombres abnegados que hace ya más de doscientos cincuenta años, en pleno Siglo de las Luces, pugnaron contra viento y marea por fomentar el estudio de las ciencias de la naturaleza en nuestro país. Para comprender su enorme esfuerzo, tendremos que remontarnos a la época en que vivieron y a las circunstancias que condicionaron su trabajo. Sirva este preludio como ejemplo de la compleja y apasionante historia que nos espera.

EL GABINETE PERDIDO

PEDRO FRANCO DÁVILA
Y
LA HISTORIA NATURAL
DEL SIGLO DE LAS LUCES



UN RECORRIDO
POR LA
CIENCIA DE LA ILUSTRACIÓN
A TRAVÉS DE LAS

“PRODUCCIONES MARINAS”
DEL
REAL GABINETE

PARTE PRIMERA (1745-1771)

M. VILLENA; J. S. ALMAZÁN; J. MUÑOZ y F. YAGÜE